

TOMÁNDOTE. Té verde en Moscú.

El Rey miró a su amada apesadumbrado.

-“Mi Señora Cándida, no perdamos la esperanza en el Supremo Hacedor”

Habían ido cayendo todos sus seguidores ante el impío ejército negro. Primero la fiel y humilde infantería, después los aguerridos caballeros. Los dos amantes esposos, ambos vestidos de blanco, símbolo de su país y de su lucha, se habían refugiado en las torres, en las que se marcaban las huellas de la batalla, tras las líneas de su escaso ejército. Apenas hacía cuatro horas era un ejército que desprendía reflejos nacarados. Ahora quedaban pocas enseñas blancas y doradas erguidas sobre el campo bicolor.

Ambos sabían que era inútil.

Con desasosiego, el monarca observó la oscura curtida mano del Destino, acercándose rápida y eficazmente.

“Por Vos muero”- murmuró la Reina Blanca con voz apagada.

Sumido en desesperación y derrota, el Rey cerró los ojos, buscando alivio en la oscuridad.

Lo último que notó fue un intenso olor a té verde.

Kasparov apuró la taza azul – el color de su superstición- para celebrar su victoria, mientras abatía la última pieza blanca. Miró los posos marrones que destacaban al fondo, pero no sabía leer su futuro.

Llum.-